

que nos descubrió cuánto pugnó, cuánto trabajó nuestro clero para reanimar la civilización y garantizar la humanidad. Y los que así obraban eran monjes y clérigos, cogullas y coronas, de las que tanto blasfemais, á las que tanto maldecís, sin duda porque así elevaron la España al rango de la primera potencia civilizada y humanitaria, reconocida así por toda la Europa, por todo el mundo. ¿Y cómo está hoy considerada? ¡Ah! medita en la obra de vuestras manos y avergonzaos Grande cuando la dirigió el clero; y cuando la dirigís, ¿cómo?... Basta, y prosigamos.

A pasos de gigante se adelanta sobre la sociedad el feudalismo con todos sus despropósitos, con todos sus horrores, con todo su desenfreno, a Iglesia misma cae por de pronto bajo su yugo de hierro; pero muy luego se repone, sus doctrinas, su gobierno, sus prelados, sus dogmas, la salvan; pero al procurar su salvación, al pugnar por su libertad, no se olvida de los que sufren y les tiende una mano amiga; no se olvida de la humanidad y de la civilización, y las ofrece un asilo. El sacerdote que rige la Iglesia del castillo feudal, no es el hombre que describe Mr. Guizot<sup>1</sup>, no es un hombre humanitario que enfrena la soberbia del orgulloso señor que allí domina, es un hom-

<sup>1</sup> Guizot. Historia de la Civilización. Lección 4, fol. 102, edición de Mellado.

bre que, con el Evangelio en la mano, contiene sus furores y desarma el brazo que se prepara á castigar al pobre, es el hombre que lleva á aquel alma soberbia principios humanitarios, que le hace conocer que no puede disponer de la vida del súbdito, que no pára hasta abolir la esclavitud. Merced á él tiene principio la clase media: merced á él las artes escalan el alcázar, y por entre sus férreas puertas y altas almenas, entran las ciencias para civilizar aquel corazón; su voz, en fin, es la que enseña una religión que manda amarse como hermanos, y con sus dogmas humaniza las almas.

La Iglesia en esta época estaba en uno de sus mejores periodos, había examinado todas las graves cuestiones que interesan al hombre, conocía todos los problemas de su naturaleza y los cambios de su destino, y por esto su influencia en la civilización ha sido muy grande, mas poderosa de lo que la han hecho sus mismos adversarios, que aunque les pese, habremos de decir, que no han sabido ni comprenderla ni juzgarla. Con todo, es indispensable confesar, que hubo un tiempo en que la arrojó el feudalismo y el despotismo armado; pero no es menos cierto que triunfó de uno y de otro, que ella y solo ella supo salvarse y salvar á los pueblos de su yugo; para hacer patente esta verdad no tenemos mas que abrir la historia, y allí veremos cómo se fué emancipando y eman-

ció á los demas, y yo desafio á los impugnadores que me digan quién la ayudó en esta campaña. ¿Cuáles fueron sus auxiliares, mas que sus dogmas, sus ministros, su disciplina y su organizacion? Seguro estoy que no me los señalarán. Ella fué grande por sí sola, por su régimen interior, por su naturaleza, por sus principios, por sus relaciones con los soberanos, con los reyes y señores y por sus relaciones con los pueblos.

Con estos elementos fué poco á poco afianzando la supremacía que los pontífices heredaron de la tradicion apostólica, sin que las amenazas, ni la opresion, pudieran separarla de su propósito, y sin que las intrusiones del poder que amagaban su tranquilidad interior, y aun pretendian coartar su libertad y su accion, la fuesen rémora para caminar á su fin. Como los conquistadores eran por lo comun arrianos, y los emperadores de Oriente herejes, los católicos miraban al papa como al jefe universal, como á su cabeza y protector; á él acudian á buscar consejos para la salvacion de su alma, la tranquilidad de su conciencia y la seguridad de su vida. Teodorico daba mas prestigio á la autoridad del pontífice, haciendo á su lado el papel de intercesor en favor de los obispos y los príncipes, y negociando en su nombre con los emperadores de Constantinopla.

A corroborar esta autoridad contribuyeron otras causas, la coleccion de los cánones, habiendo sido

los primeros los ochenta y cinco llamados apostólicos, que si es cierto no pertenecen á los apóstoles, tambien lo es que son antiquísimos. Las constituciones de S. Clemente y otras varias decretales de los pontífices, se tuvieron como apócrifas. Esteban, de Éfeso, reunió 165 cánones de los concilios generales y provinciales de Oriente, á los que se agregaron los de los sucesivos; pero esto no fué suficiente en el estado actual de cosas, y se hizo indispensable una coleccion mejor hecha que llenase las condiciones del estado actual de la Iglesia, y esta empresa fué encomendada á Dionisio el Exiguo; tuvo este sabio, á más de sus buenos conocimientos, un protector en Casiodoro, con cuya ayuda su trabajo adquirió una gran reputacion en todo Occidente. Dionisio enriqueció su obra con las decretales del papa Siricio, que consignaban la antigua supremacía del obispo de Roma sobre los demas, lo cual, segun algunos, cuya opinion rechazamos, contribuyó mas que otra alguna cosa, á consolidar la supremacía papal, puesto que estas decretales adquirieron así fuerza de ley.

Por este tiempo invaden la Italia los longobardos; y como el pais carecia de caudillo y no tenia á quien volver los ojos, se agrupó en torno del pontífice que, como poseía grandes dominios en Sicilia, Calabria, la Pulla, la Campania, la Sabina, la Dalmacia, la Iliria, la Cerdeña, en los Al-

pes Cotios y en las Galias, y eran cultivados por colonos, sobre los cuales ejercía una jurisdicción legal, nombraba empleados y dictaba órdenes. Las rentas que de aquí percibía le colocaban en la actitud de atender á las necesidades en tiempos de carestías; de dar asilo á los refugiados y salario á las tropas; así fué que, cuando la conquista interrumpió las relaciones entre Roma y el Exarcato de Rávena, el papa quedó como jefe de la ciudad en que residía y en correspondencia directa con la corte de Bizancio, hizo la paz y la guerra con los reyes longobardos, y de este modo y por estas causas, vino á ser el jefe único del partido nacional contra los invasores.

En tal estado era solo necesario un pontífice que conociera su alta importancia y desplegara la dignidad correspondiente á su alta categoría. Tal fué Gregorio Magno. Descendiente de la ilustre y esclarecida familia Anicia, consagró al estudio de las ciencias, desde sus primeros años, un entendimiento vivo y una extraordinaria capacidad; siguiendo la carrera de las magistraturas llegó hasta el destino de prefecto de Roma; pero disgustado del mundo, se retiró al convento de S. Andres y cambió la toga por la cogulla. Habiendo refrigerado la lozanía de su alma en aquel retiro, donde los débiles buscaban refugio contra las tempestades, y donde los fuertes se preparaban para luchar contra ellas, creyendo poder ser útil con sus

predicaciones pidió licencia al papa para dirigirse á Bretaña y llevar allí la verdad. Obtenida la licencia se puso en marcha para llenar su misión, pero el pueblo, cada vez que veía al pontífice le apostrofaba, por lo cual tuvo su santidad que hacerle regresar á Roma para acallar sus quejas. El papa Pelagio le nombra uno de los siete diáconos de la Iglesia romana y le envía á la corte griega para implorar auxilios: se captó la estimación y benevolencia de todos hasta tal punto, que el emperador Mauricio hizo que tuviese á su hijo en las fuentes bautismales. Muerto Pelagio, por unanimidad fué elevado al pontificado; mas luego que supo esta noticia, sobrecogido de espanto, huyó á ocultarse, y hubo necesidad de buscarle por espacio de tres días, encontrándosele entre las cestas de las provisiones. No contento con esto, escribió al emperador en nombre de su amistad para que no confirmase la elección, y en lo sucesivo siempre echó de menos su tranquilidad primera<sup>1</sup>, de lo cual se quejaba escribiendo á S. Isidoro de Sevilla.

No hay que extrañar esta conducta, porque nunca como entonces imponía miedo la dignidad pontificia. Por su posición eminente, era el papa responsable de cuanto pudiera acontecer en Roma. Sin libertad para obrar, eran una traba constante

<sup>1</sup> Carta á S. Isidoro de Sevilla.

el duque, el prefecto imperial, el senado, los decuriones que, inhábiles para todo, todo lo entorpecían. Giraba el pontífice la vista en su derredor y no veía en torno suyo más que pueblos idólatras, emperadores engolfados en sus cuestiones de teología, aspirando dominarle y siempre promoviendo disturbios con sus controversias y pretensiones; por todas partes la violencia, el desarreglo, la inmoralidad; de un lado los longobardos amenazadores, de otro la Italia desgarrada por el cisma y diezmada por el hierro, y angustiada y trabajada por el hambre y por la peste.

Para salvar tantos inconvenientes, para superar males tan terribles, para gobernar un viejo buque desmantelado y batido por los huracanes, como él decía, puso en práctica toda la mansedumbre del Evangelio, al par que toda la energía de su indomable carácter. Su solicitud se extendió por todo el mundo conocido, á fin de divulgar la verdad donde no era conocida, y para combatir el error aun en sus más inespugnables trincheras. Reunió un concilio en Roma y consiguió, en parte, remediar el cisma de Aquilea; puso freno á los donatistas de Africa, los reyes francos y borgoñes recibieron repetidísimas cartas suyas conjurándolos á extirpar las simonías que en sus estados pululaban alterando las costumbres con menosprecio de los cánones y de la disciplina; no pudiendo por este medio cortar el mal, envió al

abad Ciriaco para convocar un concilio en las Galias; y ya hemos visto el celo que desplegó en la conversión de los anglos, longobardos y visogodos, y los frutos que recogió de su solicitud. También envió misioneros á la Cerdeña para que convirtieran á los idólatras, y también allí tuvieron recompensa sus desvelos.

Atento á todo se esforzaba en mantener la paz entre el emperador y los longobardos, sin dejar por esto de oponer una enérgica resistencia á Aguilulfo, cuando se presentó ante los muros de Roma á defender contra las demasías imperiales la libertad de la Iglesia, comunicando tanta osadía á los hechos como humildad á las palabras <sup>1</sup>. Cuando Juan el Ayunante, patriarca de Constantinopla, se arrogó el título de obispo universal, le reprende con energía y caridad <sup>2</sup>. Cuando Eulogio le escribe que ha cesado de llamar *ecuménico* al patriarca de Constantinopla con arreglo á lo que me habeis mandado, le contesta rechazando la palabra *mandado*, confesando deben huir de los labios las palabras que nos llenan de vanidad y ofenden la caridad. Hasta para poner dique á la arrogancia adoptó el humilde título de *Siervo de los siervos de Dios*, añadiendo al emperador Mauricio: "El gobierno y la supremacía de la Iglesia fueron dados á Pedro, y

1 Epíst. III. 65. al emperador Mauricio.

2 Epíst. IV. 38.

no por eso se tituló obispo universal;" y prosigue pintando los males que oprimian á la Europa y hacian mas necesaria la penitencia de los obispos que los títulos pomposos de la vanidad, y es digno de notarse, en corroboracion de lo que poco antes dijimos, esto es, que la aparicion de las falsas decretales no fué el origen de la supremacía, que el santo añade: "Soy siervo de los obispos mientras se porten como tales; si alguno de ellos levanta la cabeza contra Dios, tengo confianza en que no derribará la mia con la espada."

Aquí pueden ver los que sostienen esa errónea opinion, que mucho antes que las decretales aparecieran, S. Gregorio hablaba á los obispos y á los reyes con la dignidad suave, aunque firme, de un gefe universal. El mismo nos enumera los cuidados exteriores en que debe ocuparse un pontífice <sup>1</sup>. Tambien consumó actos que parecian propios de la soberanía temporal, tales son: mandar un gobernador á Nepi con orden al pueblo que le obedezca como al pontífice supremo: un tribuno á Nápoles para que velase por la defensa de la ciudad <sup>2</sup>: recomienda al obispo de Terracina que no permita que nadie eluda el servicio de montar la guardia en las murallas <sup>3</sup>. En suma, el papa venia á ser en Italia para los emperadores griegos,

1 Epíst. I. 25.

2 L. II. II.

3 Id.

lo que fueron posteriormente los alcaldes de palacio para los merovingios.

Solícito á todo cuanto exigia su ministerio, hácia donde quiera que eran necesarios los cuidados de su persona, allí atendia descendiendo á los menores detalles de la administracion patrimonial, á fin de que los colonos de las tierras de la Iglesia no sufrieran vejaciones, de lo cual es buen testimonio su carta al ecónomo de Sicilia, llena de esa solicitud abundante, de ese cuidado paternal <sup>1</sup>. Sin desatender al esplendor del solio pontificio, empleaba sus rentas en obras altamente humanitarias y civilizadoras, en hacer limosna, ejercer la hospitalidad, fundar escuelas y dotar hospitales. Todos los dias se sentaban á su mesa doce extranjeros que convidaba su capellan de orden suya, y este caritativo obsequio le proporcionó la gloria de que el mismo Cristo fuese su convidado. Envió socorros á las mas remotas provincias; pero tanta riqueza no pudo corromperle, y en medio de ella conservó inalterables sus modestas costumbres. Escribia al encargado en Sicilia de la gestion del patrimonio: "Me habeis enviado un mal caballo y cinco buenos asnos. No puedo montar el primero porque es malo, ni en los otros porque son asnos."

Austero consigo propio, económico en su me-

1 Epíst. I. 42.

sa, caritativo con todos, y exacto en el cumplimiento de las prácticas de la vida monástica, ni buscaba su comodidad en cosa alguna, ni hacia caso de los honores y bienes del mundo, ni pensaba en otra cosa que en sus deberes. Tan firme como indulgente escribía sobre los herejes al obispo de Nápoles, que acogiera á todos los que desearan volver al seno de la Iglesia; prohibía á los prelados de Terracina, Cagliari, Arlés y Marsella, las violencias que su celo empleaba contra los judíos, y mandó que se les restituyera la Sinagoga, recomendando tratarlos con dulzura <sup>1</sup>. Y sin embargo, este hombre tan ocupado que atendía á tantos negocios, que nada omitía y en todo estaba, tuvo aun tiempo para escribir tantas y tan excelentes obras, que le han merecido el renombre de grande. Su *Regla pastoral*, dividida en cuatro partes, en las cuales trata de los deberes impuestos al que tiene esta investidura; del modo de instruir al pueblo, del cuidado de santificarse á sí propio, y de ocuparse en santificar á los demas, ha sido traducida al griego y repartida á las iglesias por orden del emperador Mauricio. El rey Alfredo hizo una version sajona para las iglesias de Inglaterra, y las de España y Francia la propusieron por modelo á los obispos, mereciendo que Carlo Magno y sus sucesores la recomienden

1 Epíst. II, 35.

repetidísimas veces y hagan conmemoracion de ella en sus capitulares. Despues de esto, nos parece malgastar el tiempo en desmentir la calumniosa inculpacion que se le hace, de haber ordenado el incendio de la biblioteca Palatina, y la destruccion de los monumentos de la grandeza romana, con el fin de que su admiracion no fuese un motivo para dejar de venerar las cosas santas, contribuyendo esto á que algunos, con mas ligereza que criterio, le hayan apellidado el *Atila de la literatura*. ¡Por qué! ¿Era por ventura soberano de Roma para obrar de este modo? Y si bien es verdad que mostró desvío á los autores antiguos, es preciso no desatender sus razones y tener presente su siglo. Nadie ignora que en estos autores no hay mas que la forma, y que esta era bella; así pues, entre tanta ignorancia como cubria el mundo, bien merece disculpa el deseo de apartar con la seduccion de lo bello, la ocasion de pecar, tanto mas, cuanto aun estaban en lucha lo bello y lo verdadero, y pasó todavía bastante tiempo antes que estableciera su dominio y cimentara su poder lo verdadero. Y esta es la causa de la prohibicion acordada en el cuarto concilio de Cartago <sup>1</sup>, y de la reprension de Gregorio al obispo de Viena, Didier <sup>2</sup>, sobre este particu-

1 Libros gentilium non legat Episcopus. cap. 16.

2 Diálogo I.